

Agosto 12/1902

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO, RECREATIVO Y PINTOESCO. HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA

EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA, PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTOESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

POR

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HERPEIRO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, n.º 24 y 26.

1872.

ISLA DE CUBA.

ISLAS CANARIAS.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

L47 2920

—Lo que no hacen los que la dirigen. Aunar sus esfuerzos en pro de su propia causa que es la del bienestar general. Explotar sus veneros de riqueza, no esperar á las iniciativas gubernamentales, sino hacerlo por sí, trabajar, en una palabra, no hacerse tributaria de otras naciones en producciones que ella podia tener, y en vez de esperar un maná que jamás llega de las esferas del Gobierno, creárselo ella misma á fuerza de trabajo y perseverancia.

—¿Pero V. no comprende que aun cuando así fuera se veria precisada á tropezar en mas de una ocasion con nuestro lento y enojoso sistema de administracion que tantos embarazos causa por todos estilos?

—Es verdad, Sr. Azara, confieso que en este momento llevado de mi buen deseo, de mi entusiasmo, de mi cólera al considerar lo mucho que podríamos valer y lo poco que valemos, habíame olvidado de esa traba, de ese terrible *expedienteo* que hay en nuestro país, que tanto absorbe y que en muchas ocasiones tan infecundos resultados da. Pero de todos modos, creo que mucho se podria hacer particularmente.

—Eso sí, de mucho podria servir la iniciativa privada, es una verdad, pero ¿qué quiere V. hacerle cuando todó el mundo está cansado y aburrido de ver que nada se adelanta?

—La política lo absorbe todo.

—Y como muchos ven que solamente la política es la que produce, se lanzan á ella, y todas las clases se mezclan en ese desdichado campo y en pos de ella descuidan lo que mas y mejores resultados pudiera darles el suelo en que han nacido y que nos envidian todas las naciones.

—Eso es lo mas desconsolador, Sr. D. Cleto, que nosotros poseamos un tesoro que esté envidiándonos el vecino, y que no sepamos aprovecharnos de él.

—En fin, señores, dejémonos de declamaciones que no han de conducir mas que á ponernos de mal humor, y pensemos en que ya hemos visto á Cuenca, que ya la conocemos, que sabemos su historia, y que por lo tanto poco nos resta que hacer aquí.

—Pero nos falta la leyenda que nos ofreció V. á propósito de aquel hecho de las *Comunidades*.

—Esa la dejaremos para entretener el camino de una poblacion á otra.

—Como V. guste. Entonces ¿dónde vamos ahora?

—Nos dirigiremos á Priego, y por Huete visitaremos á Uclés y Belmonte, puntos los mas interesantes de la provincia.

—Convenido. Pero á nosotros se nos ha olvidado preguntarle, y á V. sin duda decirnos, qué celebridades han visto la primera luz en Cuenca.

—Tiene razon Castro—dijo Sacanell,—y ahora recuerdo que nos ha hablado de ese Andrés de Cabrera como hijo de aquí, y no creo que sea él solo quien merezca citarse.

—Dicen Vds. bien, y me agrada mucho que me hagan esas preguntas que prueban el interés que se toman por los puntos que recorren.

—V. tiene la culpa.

—Y me felicito si he conseguido semejante cosa. Cuenca ha sido patria de muchos hombres eminentes y de famosos guerreros; entre estos debemos contar al marqués de

Cañete, D. Alvaro de Albornoz, D. Diego Valera, D. Francisco de Mendoza, D. Diego de Covarrubias, D. Andrés Cabrera, alcaide que fue del alcázar de Segovia, y el intrépido Alonso de Ojeda, famoso navegante compañero de Colon y de Hernan Cortés. Entre aquellos merecen que hagamos mencion de ellos, D. Gil de Albornoz, cardenal y fundador del colegio de san Clemente de Bolonia, los célebres poetas Cortés y Villaviciosa, los hermanos Becerriles, Alonso, Francisco y Cristóbal, renombrados plateros del siglo XVI, y Francisco de Mora, célebre arquitecto discípulo de Herrera.

—Muy bien; ahora quedamos completamente satisfechos.

—Y yo con haber podido satisfacer su natural curiosidad.

X.

Camino de Cuenca á Priego.

A las primeras horas de una apacible mañana del mes de mayo, abandonaban nuestros viajeros las empinadas calles de la antigua *Conca*, dirigiéndose hácia el extremo N. de la provincia donde se halla situada la villa de Priego, cabeza del partido judicial de su nombre.

—Los primeros momentos los entretuvieron todavía hablando de los recuerdos de Cuenca, á la vez que admiraban las pintorescas perspectivas que á su vista se ofrecian.

Atravesaban algunos lugares sin importancia, y en los que apenas se detenian, hasta que dijo Castro :

—¿Qué punto es en el que vamos á comer?

—Torralva, repuso D. Cleto.

—¿Encierra alguna cosa notable?

—Nada mas que el antiguo castillo que yace convertido en ruinas.

—¿Á quién perteneció?

—Á la familia de los Albornoces.

—De modo que no harémos otra cosa que satisfacer nuestra necesidad y ponernos en marcha de nuevo.

—Justamente, porque antes de llegar á Priego nos detendrémos, siquiera sea por breves momentos, en algunos de los pueblos que hemos de encontrar al paso.

—Eso es señal de que algo bueno conservan.

—Sí tal; Alvalate de las *Nogueras*, por lo pintoresco de su posicion, merece que nos deleitemos en su preciosa perspectiva, y cerca ya de Priego hay dos conventos dignos de llamar la atencion.

—Es decir, que á escepcion de esos sitios, la mayor parte del camino será ingrato y áspero.

—No es de los mas agradables.

—Pues en ese caso, V., D. Cleto, puede amenizárnosle muy bien.

—¡Yo! ¡pobre de mí! ¿de qué modo?

—Recuerde V. que tiene una deuda contraida con nosotros, que estoy seguro ninguno de mis amigos ha olvidado.

—Es verdad —añadió Pravia,— tiene razon Castro.
—Vds. dirán, que yo por mí, francamente, no la recuerdo.
—¿Sabes de lo que hablo, Azara?
—Lo presumo —repuso el aragonés.
—Y yo tambien —añadió Sacanell.
—Vamos, señores, sáquenme Vds. de una vez de confusiones, porque no acierto...
—¿Y es posible que V. con tan buena memoria, se haya podido olvidar tan pronto de lo que prometiera? —prosiguió Castro gozándose algunos momentos con el embara-
zo del buen anciano.

—Sí, señores, confieso mi pecado; nada recuerdo, y les agradeceré infinito me hablen sin rodeos.

—Pues bien; se trata de que aprovechemos estos instantes de aridez por parte del camino para escuchar aquella leyenda que nos prometió V. ayer, á propósito de la época de las *Comunidades*.

—Tienen Vds. razon. La leyenda á que se refieren, es la del hecho llevado á cabo por D.^a Inés de Barrientos.

—Justamente.

—Vds., por la simple narracion que de él les hice ayer, habrán podido apreciar la accion.

—Grande, desde luego, por su misma crueldad.

—Fue hija de la época; para apreciar debidamente un hecho, debemos antes de todo transportarnos á la época en que tuvo lugar, conocer las costumbres, la educacion, la esencia, por decirlo así, de aquella vida, y de ese modo podremos juzgar con mas acierto.

—Así debe ser.

—Yo les referiré el hecho con todos sus pormenores; es mas, les describiré á mi modo la época y las circunstancias en que tuvo lugar, y Vds. juzgarán despues.

—Vamos, principie V.

XI.

La venganza de una dama. (*Leyenda*).

—Tristísima era, amigos míos— así empezó D. Cleto su relato,— la situacion en que España se hallaba al poco tiempo de haber ascendido á su trono el rey Carlos I.

—Mozo inesperto y entre manos ambiciosas y advenedizas, con mas afecciones en el país que se criara que en el que habia de gobernar, todos los cargos, todos los destinos, toda la privanza, la obtenian los flamencos, con justo enojo de los españoles y con gran detrimento de sus intereses.

La rapacidad del ministro Chievres y de sus compañeros era escandalosa. Los capitales de España salian sin cesar para el extranjero, y la penuria y la miseria de los pueblos formaban un desgarrador contraste con la opulencia y el fausto de aquellos magnates que medraban á la sombra del Monarca.

Las quejas de las ciudades se desatendian, la justicia se menospreciaba, la razon

era desoida, y los subsidios por una parte, y las depredaciones por otra, eran tales, que tenia escandalizada á toda la nacion (1).

En los puertos de Barcelona, la Coruña y otros embarcábanse sin cesar, dinero, telas y objetos preciosos que, con gran indignacion de los naturales, iban dirigidos á las familias de los flamencos residentes al lado del Monarca.

Y tan escandaloso era el latrocinio que se hacia, que los doblones llamados de á dos por tener dos caras, y cuyo oro era de la mejor ley, llegaron á escasear, en términos que apenas se veia uno (2), se le saludaba irónicamente de un modo que llegó á quedar como adagio popular.

La nobleza que se veia desairada por el Monarca, ella que estaba acostumbrada á la alta consideracion en que hasta entonces se la tuviera, por ningun estilo podia avenirse con semejante situacion, y unió su descontento al de las clases populares.

La proclamacion del Monarca de España como Emperador de Alemania y la decision mostrada por el jóven electo de ir á aquel país á ceñir la imperial diadema, junto con la noticia de que se iban á convocar cortes en Santiago de Galicia para pedir nuevos subsidios, agotaron la paciencia española.

Aun no se habia concluido de cobrar el anterior impuesto otorgado por las cortes de Valladolid, y ya se pedia otro nuevo; íbanse á celebrar cortes en un lugar desacom- tumbrado, y el Monarca se iba á dejar su reino en manos de una regencia.

Todo esto enardecia los ánimos y hacia presagiar una tempestad deshecha si faltaba el tino y la discrecion necesaria para conjurarla.

Desgraciadamente faltó. Varias de las ciudades que tenian voto en cortes se mostraron resueltas á impedir la continuacion de semejante estado, y Toledo dió el ejemplo dirigiendo una carta razonada y enérgica á todas las demás ciudades, manifestán- doles su resolucion.

Varias se adhirieron á ella, y Toledo nombró dos regidores y dos jurados que fue- sen á exponer al Monarca los males que iban á llover sobre el reino si persistia en su decision, y á pedirle que no saliera de España, que no se sacase mas dinero fuera del

(1) En prueba de la exactitud en la descripcion que D. Cleto iba haciendo, citarémos algunos párrafos de una carta del ilustrado Pedro Mártir de Angleria, dirigida al obispo de Tuy.

«Hasta el cielo, dice la citada epistola, se levantan voces diciendo que el Capro (pues así designaban por burla «muchos á Chievres) trajo al Rey acá para poder destruir esta viña despues de vendimiarla. No se les ocultaba que habian de ocurrir estos sucesos cuando el Capro se tomó para sí el arzobispado de Toledo contra las leyes del reino, apenas entró en él para odio de todo el reino contra el Rey... Ninguno le acusa. ¿Qué podria hacer un jóven «sin barba puesto al pupilaje de tales tutores y maestros? Lo que ha sucedido con las demás vacantes ya lo sabes, «y no ignoras que apenas se ha hecho mencion de ningun español, y con cuanto descaro se ha quitado el pan de la «boca de los españoles para llenar á los flamencos y franceses perdidos que dañaban al mismo Rey. ¿Quién ha ve- «nido del helado cierzo y del horrendo frio á esta tierra templada que no haya llevado mas onzas de oro que mara- «vedis contó en su vida? Tú sabes cuál ha quedado la real hacienda por su causa. Omito otras capaces de hacer «perder la paciencia al mismo Job.»— Epistola 703, traducida por el maestro La Canal.

(2) En prueba de esto, que cuando algun español llegaba á encontrar uno de estos doblones ó ducados solia exclamar:

«Sálveos Dios, ducado de á dos, que monsieur de Xevres no topó con vos.»

Y esto llegó á ser tan popular que no se oia otra frase por todas partes, siempre que de esto se trataba ó se tro- pezaba con una de estas monedas.

Tambien se decia:

«Doblon de á dos, norabuena estedes
que con vos no topó Xevres.»

Cabezudo, Antigüedades de Simancas. M. S. Sandoval.— *Historia de Carlos V.*

país, y que no diese á los extranjeros los cargos y destinos que de derecho correspondian á los españoles.

Hallábase el Rey en Valladolid, y ya los *agermanados* de Valencia, de quienes tiempo tendríamos de ocuparnos, del mismo modo que en el resto de España habian manifestado su descontento de una manera harto ostensible.

En Valladolid tambien reinaba grande efervescencia, y Chievres y los demás del consejo espusieron á los regidores de la ciudad las causas que hacian necesaria la partida del Rey.

Algunos asintieron á ella, pero otros y toda la poblacion con ellos pusieron en contra.

En estos momentos llegaron los comisionados de Toledo y de Salamanca, cobrando, con la presencia de estos, nuevos bríos la ya tumultuada muchedumbre.

Cárlos I dispuso aceleradamente su partida, recibiendo los enviados de aquellas dos ciudades la respuesta de que el Rey les recibiria en Tordesillas.

Inflaméronse los ánimos doblemente, armáronse á la lijera los revoltosos, y mezclados clérigos y seglares, populacho y vecinos acomodados, dirigiéronse hácia las puertas de la ciudad para impedir la salida del Monarca.

Felizmente para él y los suyos habíales ya ganado la delantera, pero el primer paso estaba dado; al tumulto de Valladolid bien pronto habian de seguir otros de mas consideracion.

Los comisionados de las ciudades indicadas fueron en seguimiento del Rey, consiguiendo hablarle en Villalpando en presencia de Chievres, quedando diferida su respuesta hasta Benavente.

Fácilmente comprenderán Vds. como sufriria el pundonor de aquellos representantes que, sin desmayar en lo mas mínimo, no solamente cuando volvieron á ver al Monarca le repitieron lo que le dijeran antes, sí que tambien le añadieron que si persistia en su marcha, dejase una parte de la gobernacion del Estado á las ciudades.

La respuesta fue la que debía esperarse; quedaron desechadas todas sus justas exigencias, y tengan Vds. presente que el Rey no cesaba de recibir durante todo su viaje, peticiones para que las cortes no se reunieran en el sitio que se mandara, y que viera de poner remedio á los males que á la nacion afligian.

Todo esto irritaba al jóven Cárlos que creia ser, toda avenencia con las ciudades, menoscabo de su dignidad, y cada vez mas excitado para que no cediese, exacerbaba con su conducta á los pueblos.

Todas las ciudades enviaron á Santiago sus representantes menos Toledo, en donde los dos elegidos fuéronlo precisamente adictos al Gobierno, por cuya razon la ciudad les restringió tanto los poderes, que los procuradores prefirieron no aceptarlos.

Pero si representantes en las cortes no tenia, estaban allí sus dos comisionados que lo eran D. Pedro Laso de la Vega y D. Alonso Suarez con D. Pedro Maldonado Pimentel y Antonio Fernandez que eran los de Salamanca, y que no cesaban de oponer cuantos obstáculos podian, á la reunion de las cortes.

Y tanto hicieron y tan hostiles se mostraban los toledanos, que el Rey les desterró.

Celebróse la primera sesion, mas como el descontento crecia y los flamencos no se creian con seguridad en parte ninguna de España, no cesaron hasta conseguir que las cortes se trasladasen á la Coruña, donde en último extremo tenian para guarecerse los bageles en que habian de hacer su viaje á Alemania.

Desde los primeros momentos empezáronse á usar la astucia y las intrigas arteras para ganarse partidarios entre los procuradores, y muchas de las ciudades mas opuestas á hacer concesiones de ninguna especie, votaron lo contrario, resultando de aqui que el servicio quedó aceptado, aceptada la marcha del Monarca, y aceptada de igual manera la regencia y gobierno del cardenal Adriano.

Y precisamente este habia sido uno de los puntos en que mas habian insistido las ciudades.

El cardenal Adriano, bondadoso, sencillo, honrado, tenia el gran defecto para los españoles de ser extranjero, y en esto se habian fundado para exigir que no se quedase al frente del Gobierno.

Pero la venalidad, algunos destinos y varias ambiciones particulares satisfechas, dieron al traste con la firmeza de muchos diputados, y votaron lo mismo que habian prometido combatir.

Así fue que el descontento ya no tuvo límites.

El Rey, á quien urgia marchar á Alemania, y los flamencos, que no se consideraban seguros mientras no se vieran en alta mar, apenas quedó votado el nuevo subsidio, abandonaron la Coruña.

Mas no pudieron los bajeles levar anclas sin que llegasen á noticia del Monarca los trastornos y revueltas que por todas partes estallaban.

Las especies mas absurdas circulaban entre el vulgo, dispuesto siempre á acoger cuanto exagerado y extraño se le refiera.

Verdad es que despues de lo que habia visto, despues de la rapacidad de los extranjeros tolerada por el mismo Monarca, del menosprecio con que este habia tratado á la nacion, que en tanto se tenia y que tan altos elevara sus timbres en los últimos reinados, todo lo podia creer, por mas disparatado, por mas fuera de razon que estuviese.

Toledo y Segovia fueron las primeras ciudades que se pusieron en armas, y bien pronto siguiéronlas otras de gran importancia.

En este estado se encontraba la nacion en la época en que da principio mi leyenda, y Vds. podrán juzgar por él, la animosidad de todas las clases, la cólera del populacho, el disgusto de la nobleza y la rabia de las clases medias.

Unas se veian postergadas á extranjeros advenedizos; otras desdeñadas y cargadas de impuestos y todas ansiosas de romper de una vez y demostrar al Monarca la imprudencia que cometiera desoyendo sus legítimas quejas.

Pero en medio de esta general exacerbacion no se percibió un solo grito contrario al Rey, todos iban contra sus ministros, á quienes con justicia creian causantes de todo.

.....
Cuenca estaba tambien próxima á presenciar terribles escenas.

Sus procuradores habian asentido á las exigencias del Gobierno, y la poblacion no podia perdonarles que así hubieran faltado á su compromiso.

Entre los mas exaltados contábase un tal Calahorra y un frenero, cuyo nombre no nos ha trasmitido la historia, pero al cual no he tenido inconveniente en bautizar con el de Martín, para poderle nombrar en mi leyenda.

Ambos eran jóvenes, y ambos tenian miras mas elevadas que les permitia la modesta posicion que ocupaban.

Calahorra habia estado durante muchos años, mejor dicho, habíase criado en la casa de los Barrientos, donde su padre habia sido escudero del último señor.

D.^a Inés, la hija de este, habia crecido al lado de Calahorra que la servia de paje, y niños ambos habian mas de una vez en sus juegos infantiles, alternado cual si fueran iguales.

Sin embargo, D.^a Inés, desde su mas tierna edad mostróse altanera y orgullosa, y cuando llegó á esa época de transicion entre la niña y la mujer puso tal distancia entre ella y su antiguo paje, que este, resentido, lamentóse en mas de una ocasion de tan inconcebible desvío.

Habíase criado D.^a Inés infatuada con su nobleza; sus aspiraciones estaban en relacion con la educacion que recibiera; no concebía la dignidad, el talento, ni el valor mas que en la clase á que pertenecía, y los plebeyos eran para ella las manadas de siervos solamente destinados para servir á los señores.

Fácilmente comprenderán Vds. que D.^a Inés no podría tener muchas personas que la amasen.

Su belleza era extraordinaria, sus riquezas inmensas, su nobleza de la primera de España, pues su madre era vástago del nobilísimo tronco de los Hurtado de Mendoza, y su padre de la no menos preclara casa de Barrientos, pero en cambio su corazon, ni podia sentir, ni conservar las simpatías que su hermosura la atrajera.

Calahorra por el contrario; al afecto del niño habia sucedido el del hombre, y amaba á su señora con uno de esos amores que ni reconocen límites, ni reparan en distancias.

Lógico era que sufriese con los desdenes y con la altanería de la dama que poco á poco habíase ido mostrando mas fria, mas orgullosa con su antiguo paje.

Un día, el jóven, soñando siempre con el bello ideal de una posicion que le permitiera aproximarse á la mujer amada, distrájose en el cumplimiento de los deberes que respècto á la jóven tenia, y esta le reprendió con tal dureza ante todos los demás servidores, que las lágrimas brotaron en los ojos del inexperto mozo.

Pocas horas despues hallábase la dama sola en su aposento, cuando Calahorra demandóla su vénia para hablarla.

Presentóse el jóven con el rostro alterado todavía por el efecto que le produjera la escena anterior.

—Paréceme—dijo la dama al verle— que anduviste poco cuerdo demandándome licencia para presentarte ante mí despues de lo que ha pasado.

—¿Tan crudo es el enojo que hacía mí sentís que no veais el dolor que me tortura?—preguntóla el mozo con tembloroso acento.

—Placiérame mas no verte, pues tu presencia me recuerda el ultraje que me has hecho.

—¡ Ultraje llamais á una falta involuntaria! ¿ Y pudisteis pensar, señora, que yo, vuestro antiguo paje, el compañero de vuestros infantiles juegos, el servidor más fiel y mas leal que teneis pudiera ultrajaros?

—¿ Á qué hablarme ahora de tus servicios pasados? Si entonces con tu deber cumplias, no es razon para que hoy disculpe tu falta. Además, la bondad que mi padre usó contigo permitiéndote que conmigo alternaras, no ha debido alentarte jamás para faltar á tus obligaciones.

—Libreme el cielo de pensamiento tan ruin. Harto sé, señora, cuán grande es la distancia que de vos me separa, harto conozco lo humilde de mi condicion, y no es preciso que á cada paso sean vuestros labios quien me la recuerde.

—¡ Cómo! ¿ Osarías darme lecciones?—exclamó la jóven mirando á Calahorra con irritados ojos.

—Por piedad, señora — repuso el desventurado, — no me mireis de ese modo, que no cuadra bien en tan bellos ojos tan colérica expresion.

—¡ Villano! ¿ Te atreves á dirigirme galanterias? ¿ No comprendes que esas frases en tus inmundos labios, son una nueva ofensa?

—Perdon, señora,



—Sal de mi presencia y evita que tornen á escuchar mis oidos tus desagradables elogios.

—Ellos eran la expresion fiel de mi corazon. ¿ Por qué habeis de ser tan cruel con quien tan lealmente os ama. ¿ No comprendeis, señora, que vuestro desden me agobia, que vuestros enojos me matan?...

—Basta, miserable; sella el torpe labio que tales frases pronuncia. Razon le sobra á mis enojos, y no ya de mi aposento, de mi casa saldrás inmediatamente.

Calahorra quedó aterrado.

Si la idea de ver desdenosa y ofendida á su dueña le llenaba de amargura, ¿qué no le causaria la de perderla para siempre, la de no verla mas?

Todo el inmenso amor que por ella sentía, todos sus ensueños de ambicion, todo aquel sublime cuadro de felicidad y de embriaguez que en sus horas de delirio se forjaba en su pensamiento, viéndose noble y caballero, correspondido por la orgullosa dama, todo desaparecia de repente.

Verla, aun cuando hubiese de sufrir su desden y su altivez; estar cerca de ella aun cuando le hiriese con su despego, era, sin embargo, una felicidad para el enamorado mancebo.

Estar léjos de ella, no escuchar su acento, no admirar sus hechizos, era la muerte.

Inmóvil, pálido, trémulo, y con la mas profunda desesperacion en la mirada, quedóse á corta distancia de la jóven.

Semejante inmovilidad, irritóla doblemente.

Su altanero carácter sublevóse contra aquella nueva falta de obediencia, y dando un paso hácia él le dijo:

—¿No has oido que te alejes? Sal de esta casa, y librame para siempre de una presencia que tu atrevimiento acaba de hacerme insoportable.

—¿Y en qué pequé de atrevido, señora?—preguntó con temblorosa voz el jóven.

Durante algunos segundos estuvo la dama sin contestar.

No podia concebir que el mozo la preguntase en qué la faltara, pues á sus ojos habia cometido uno de esos crímenes inmensamente odiosos.

Así fue, que al responderle, hizolo con mayor acritud y dureza:

—¿Aun tratas de ofenderme mas? ¿Acaso quieres que llame á los escuderos de mi padre para que te castiguen cual mereces? ¡Villano! ¿quién eres tú para atreverte á decir lisonjas á la hija de tus señores?

A semejante insulto, á tan audaz provocacion, á tanto orgullo y á tamaña altanería, ya no pudo resistir el jóven.

Palideció intensamente, y fijando una mirada indescribible en la dama, repuso con acento tristísimo, eco de un corazon que se desgarraba:

—Razon teneis, señora, razon teneis al acriminar mi conducta, pero mi crimen, creedlo, ha sido de locura.

—No necesito disculpas.

—Tampoco os las doy—pursiguió Calahorra dando un paso hácia la dama, fijando en ella una mirada que, conforme iba hablando, tornábase mas firme y severa.—Voy á salir de vuestra casa para siempre, voy á cumplir vuestro deseo, pero antes de partir y aun cuando hubiera de afrontar todos los peligros y aunque me amenazase la muerte, habeis de escucharme; lo quiero y así será.

Semejante exceso de audacia hizo enmudecer á doña Inés.

La estupefaccion que la causaba semejante lenguaje en un vasallo, en un ser

de condicion tan inferior, como ella le suponía, ahogaba las frases en su garganta.

El mozo se aprovechó de este silencio para continuar :

—Habeis preguntado quién era yo para dirigiros lisonjas, y debo deciros que no eran lisonjas, eran frases nacidas de un corazon que siente como vos no sentireis jamás, como sois incapaz de sentir. Habeisme humillado, creeis que nosotros los plebeyos somos de una condicion inferior á la vuestra; que ni pensamos ni sentimos, y estais en un error. Mi pensamiento era vuestro, señora, vos viviais en él, por vos le sentía elevarse y crecer á cada instante, y por vos me sentía capaz de las mayores hazañas. ¿Y sabeis por qué mi pensamiento trabajaba sin cesar? Porque en mi corazon habia un sentimiento grande, inmenso como vos no podeis comprender, sentimiento que vos le habiais inspirado. Yo os amaba como se adora á una vírgen; amor tan puro como el aliento de un niño; tan grande como la inmensidad; por él hubiera conquistado un mundo si el premio de mi hazaña erais vos, por él hubiérame arrojado á la muerte sin vacilar. Vos lo habeis destruido todo; hubiese tolerado vuestro orgullo, vuestra altivez; hubiese sufrido tormentos horribles comparando mi pequeñez con vuestra grandeza; mas hoy os habeis mostrado tan mezquina que comprendo que soy mas grande que vos. Habeis roto el eslabon que os unia á un corazon que por vos se hubiese sacrificado, habeis insultado al hombre, habeis desdeñado al que os imploraba; sabe Dios si algun dia tendreis que implorarme gracia.

Fácilmente se comprenderá, conociendo la clase de persona á quien se dirigian las sentidas frases del jóven, la impresion que la causarían.

Pálida, convulsa, agitada por la cólera y el orgullo, sublevábase D.^a Inés á la sola idea de que aquel miserable se atreviese á repetir lo que acababa de confesar.

Así fue que apenas terminó, lanzóse hácia la puerta de la estancia, y antes que el mancebo hubiese podido traspasar el umbral, gritó con voz temblorosa de ira:

—¡Ola! ¡A mí, escuderos de mi casa!

Calahorra detúvose inmóvil fijando una mirada ansiosa en el rostro de la dama. Los criados acudieron inmediatamente, y el mismo padre de D.^a Inés presentóse entre ellos.

—¿Qué sucede?—exclamó el noble anciano fijando alternativamente su mirada en su hija y en el jóven.

—Castigad á ese villano—repuso D.^a Inés.

Calahorra cruzóse de brazos fijando una mirada indefinible en la dama.

—¿Por qué?—preguntó el padre.

—Me ha ofendido villanamente, padre, me ha ultrajado, y su infamia exige un ejemplar castigo.

—Llevadle—dijo D. Alvaro Barrientos á sus escuderos.

—Castigadle sin piedad—añadió D.^a Inés cada vez mas irritada por la impasible calma del mancebo.

Los escuderos cumplieron la órden de su señor. Poco tiempo despues el jóven se hallaba encerrado en una de las habitaciones del palacio.

Cuando el padre y la hija quedaron solos, D. Alvaro trató de enterarse de lo que habia pasado.

El noble anciano que deploraba los extremos de su hija que, aun cuando noble y orgulloso con su nobleza no habia jamás despreciado ni humillado á sus inferiores, comprendió que no habia motivo para castigar con tanto rigor al jóven.

Pero D. Alvaro tenia un defecto.

Amaba extremadamente á su hija, y era inmensamente débil ante sus caprichos.

Juzgó que no debia castigar como se le exigia á Calahorra, pero formó la resolucion de echarle fuera de su casa.

En su consecuencia llamó á la madre del jóven, pues su padre habia muerto algunos años antes, hízola presente la inconveniente conducta de su hijo, y sin consideracion de ninguna especie les mandó que salieran del palacio.

Calahorra se encontró sin recursos para mantener á su madre.

Pero el villano tenia un gran corazon.

No se abatió ante el infortunio, sino que por el contrario, de él sacó fuerzas para dominarle.

Trabajó con fe, y pudo proporcionar á su madre los recursos de que la habia privado.

Y pasaron algunos años.

D.^a Inés se casó con D. Luis Carrillo de Albornoz, señor de Torralva, satisfecha con la nobleza de su esposo sin reparar en las cualidades que le adornaban.

Presuntuoso, mas arrogante que valiente, un tanto ambicioso y un mucho de indiscreto, era un esposo á propósito para un carácter como el de D.^a Inés.

Ninguno de los dos se tenian amor, pero uno á otro se halagaban el orgullo y la vanidad, y eran felices en lo que pueden serlo personas de semejantes condiciones.

Calahorra entretanto habia visto progresar su corta hacienda y llegó á ser un menestral acomodado. Pero la herida de su corazon no se habia cicatrizado.

Por el contrario, cada dia que pasara habíala ahondado mucho mas.

Amaba como un loco á aquella mujer que le despreciaba, y si la ofensa pudo desecharla de su noble corazon, no le fue posible hacer lo mismo con el amor.

Tampoco D.^a Inés habíase olvidado de su antiguo paje.

Pero su recuerdo era un recuerdo de ódio, de aborrecimiento hácia el villano que tuvo el atrevimiento de amarla y de decírselo.

Cuando la casualidad hacia que se encontrasen, las miradas del menestral eran dulces, insinuantes, acariciadoras tal vez; las de D.^a Inés por el contrario, duras, desdeñosas é implacables.

Desgraciadamente presto se le presentó á D.^a Inés un nuevo motivo de aborrecimiento contra Calahorra.

Íntimo amigo de este y vecino suyo era un jóven frenero, apuesto y gentil aunque villano, y tan valiente y generoso como el mas cumplido caballero.

Retirábase una noche el frenero á su casa, cuando al atravesar una de las callejuelas estrechas y tortuosas que entonces constituian la mayor parte de las de la ciudad, parecióle sentir gemidos lastimeros del fondo de una de ellas.

Detúvose á escuchar y pudo percibir claro y distinto el acento de una mujer que con voz débil demandaba socorro.

Martin que así se llamaba el frenero, rodeóse la capa al brazo izquierdo y dando al aire la bien templada hoja toledana que de su costado pendia, lanzóse resueltamente hácia la calle.

A la vacilante luz de un farolillo que alumbraba una imágen, pudo distinguir una silla de manos tirada en el suelo y una dama que en vano procuraba mover á compasion á cuatro rufianes que la sujetaban.



El jóven sin cuidarse del número, cerró con los cuatro de tal manera, que al poco espacio dos yacian sin vida á sus piés y los otros dos heridos, uno cayó al suelo y el otro escapó como mejor pudo.

Martin se aproximó á la dama que muda de terror habia seguido con espantados ojos toda aquella escena.

— Señora, — la dijo — ya estais en salvo, si os servís decirme donde vivís, tendré la honra de acompañaros.

La jóven porque lo era y muy bella, con acento trémulo todavía por el terror, le dijo que era sobrina de D. Luis Carrillo de Albornoz y habitaba en su casa.

Habia asistido aquella noche á una funcion religiosa y al retirarse á su casa habia visto súbitamente acometidos sus escuderos por los cuatro miserables que el jóven pusiera en tan lamentable situacion.

Escuderos y portadores de la silla huyeron hácia el palacio, dejando á su dueña en una situacion tan desesperada.

Todos estos pormenores los supo Martin de los labios de la dama que se apoyaba en su brazo, mientras la conducia á su casa.

El frenero sentia aquel brazo apoyarse dulcemente sobre el suyo, y no podia darse cuenta de la emocion que le causaba.

Su acento, tratando de tranquilizar á la jóven, era tan suave, tan tierno, que Isabel, que así se llamaba, no podia menos que escucharle con complacencia.

Breve se le hizo á Martin el tiempo que tardaron en llegar á la casa de D. Luis.

Martin habia dicho á la jóven cual era su posicion, y esta supo apreciar en lo que valia semejante franqueza significándole su gratitud por lo que hiciera, añadiéndole que jamás olvidaria su proceder.

Cuando llegaron al palacio de Albornoz, halláronle mas agitado y bullicioso que de costumbre.

Los escuderos habian llegado á él refiriendo con exagerados colores lo ocurrido, suponiendo que habian sido acometidos por una gran partida de malhechores, y de aquí que á toda prisa estuvieran armándose los demás servidores de la casa para lanzarse en busca de D.^a Isabel.

La llegada de esta calmó todo aquel alboroto.

D.^a Inés y su esposo dieron grandes muestras de alegría al ver á la jóven, y apenas si tuvieron alguna palabra fina y ceremoniosa para Martin desde que supieron que era un menestral.

El jóven comprendió que allí sobraba y se despidió.

Isabel ofendida de ver lo poco que su tia agradecia al jóven su accion, la dijo, al ver que este se ausentaba:

—¿Y nada le decís, señora?

—¿Qué mas puedes exigir?

—Alguna frase de afecto, algo que compense aunque en poco su noble comportamiento.

—Tienes razon, —contestó D.^a Inés, y dirigiéndose á Martin le gritó: —Oid, aproximaos que no es justo que despues de habernos servido os dejemos marchar sin recompensa. Tomad.

Y metiendo la mano en su limosnera, sacó su bolsillo que ofreció al jóven.

Durante algunos momentos permaneció este sin poder articular una sola frase.

Isabel sintió que sus mejillas se enrojecian de vergüenza y dijo á su tia en voz baja:

—¿Qué haceis?

—¿Acaso te parece poco? —la contestó esta —duplicaré la suma y quedamos en paz.

—Basta señora, —dijo por fin el frenero, —guardaos vuestro oro para aquellos que os vendan su sangre y su espada. Las mias no se han vendido todavía.

Y sin añadir mas palabra abandonó la estancia sintiendo que la cólera y el dolor le ahogaban.

Al dia siguiente habia en su rostro tales huellas de insomnio y de angustia, que su amigo Calahorra no pudo menos de advertirlo.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Estoy desesperado, —murmuró el jóven.

—¿Por qué? volvió á decir su amigo cada vez mas sorprendido.

— Escucha y comprenderás si hay razon para mi amargura.

Y Martin refirió á Calahorra cuanto la noche anterior le sucediera.

Con profunda atencion estaba escuchándole aquel y cuando terminó le dijo :

— Plegue al cielo, mi pobre amigo, que el noble impulso que ayer te llevó en defensa de D.^a Isabel, no se torne en afecto sentido y grande; que lo que hoy es ligera chispa no se trueque en voraz incendio, que perdieras en él tu corazon y tu vida fuera un erial desconsolador.

— ¿Qué quieres decir?— preguntó sorprendido el frenero.

— Todo cuanto se relaciona con D.^a Inés, en todo cuanto ella tiene influencia, otro tanto se agosta y muere. Genio maléfico, todo lo grande, todo lo digno, lo destruye con terrible complacencia. D.^a Isabel será un ángel; peor para ella, porque verá transformarse su existencia en un prolongado martirio.

Martin se quedó un largo espacio contemplando á su amigo.

Era tan triste su acento, iba encerrado en él tanto dolor, que el jóven no pudo menos de estremecerse.

Y al contemplar la profunda soledad y aislamiento en que Calahorra vivia, su perenne tristeza, los hondos surcos de sus mejillas y lo muerto que su corazon se hallaba para el amor y los placeres, comprendió que algun misterio terrible tal vez enlazado con la existencia de aquella noble dama, debía encerrarse en la vida del menestral.

Y como si el presentimiento de una desgracia desconocida, pero grande é inmensa tambien, le embargase, fijó sus desencajados ojos en su amigo diciéndole :

— Pero tú la salvarás ¿no es verdad?

— ¿Á quién?— preguntó Calahorra.

— Á ella, á Isabel, á esa mujer, á ese ángel que en tan grave peligro está.

— ¡Ay, mi pobre amigo! — exclamó Calahorra, — quien está en inminente peligro eres tú, y mas tiemblo en este mismo instante por tí, que por ella.

— No puedo comprender la razon.

— Muy sencilla. Estás á tres pasos de enamorarte de D.^a Isabel y vuelvo á repetirte que cuanto se relacione con D.^a Inés de Barrientos no puede causar la felicidad.

Profunda impresion causaron en el buen Martin las palabras de su amigo.

Retiróse á su tienda asaz preocupado y gran parte de la mañana se le pasó meditando, tanto sobre las frases de Calahorra, cuanto sobre su aventura de la noche anterior.

Cuando mas preocupado se hallaba, cuando su pensamiento habia llegado á concentrarse todo entero en D.^a Isabel, ve que de súbito se detiene á la puerta de su tienda una silla de manos y que de ella descende la misma persona que ocupaba su imaginacion.

Martin quedóse inmóvil durante algunos segundos.

La emocion que experimentaba paralizaba sus movimientos.

D.^a Isabel con las mejillas ligeramente sonrosadas penetró en la tienda y dijo con voz un tanto alterada :

— Señor Martin, tengo una deuda contraida con vos y vengo á satisfacerla.

—Señora, harto satisfecho me encuentro con haberos podido hacer un servicio tan pequeño.

—No tal, servicios como los vuestros son de aquellos que no se olvidan.

—Se pagan con oro, como vuestra noble tia quiso hacer anoche y nada mas.

Y el acento del jóven vibró con una expresion de amargura tan perceptible, que la dama se apresuró á contestar :

—Mi venida hoy no ha tenido mas objeto que el de haceros olvidar aquella desagradable escena. Mi tia juzga los hechos de una manera distinta que yo, y si ella en su ligereza os ofendió, yo os ruego que la disculpeis.

—¿Qué no haria por vos, señora?— exclamó Martin con un acento que encendió mas las rosas que cubrian las mejillas de Isabel.—Antes de que viniérais procuraba dar al olvido la ofensiva proposicion de vuestra tia. Ahora que os he visto ¿qué no haré por complaceros?

—Gracias, — murmuró la jóven.

—Yo soy quien debo dáros las, puesto que os dignásteis descender de vuestra altura para venir á derramar una gota de placer en mi corazon lleno de amargura.

—¿Sufriais?

—¿Cómo no, cuando tan mal se me juzgaba en vuestra casa?

—Pero yo no era culpable.

—Lo sé, porque los ángeles son incapaces de cometer una accion vituperable.

—Tratais de lisonjearme y.....

—Libreme el cielo de semejante cosa. No son las lisonjas para los labios del plebeyo. La verdad se encierra en mis palabras, y podeis creer que jamás os diria lo que mi corazon rechazara.

—Pláceme oiros hablar así. Y puesto que de mí no teneis queja y debeis estar seguro que nunca olvidaré vuestro favor, permitid que me retire y sirva de pretexto á mi visita, las mercaderías que teneis en vuestra tienda.

Martin comprendió que Isabel tenia razon.

En la clase de sociedad en que vivia, podia comentarse aquella visita, máxime despues de lo sucedido la noche anterior, de un modo poco conveniente para el recato de la jóven.

Así fue que se apresuró á servirle varios objetos, con lo cual quedó plenamente justificado el objeto que llevara á D.^a Isabel á la tienda del frenero.

Cuando la jóven se marchó, Martin quedóse mas preocupado, pero su preocupacion no nacia del dolor sino de placer.

Habia vuelto á ver á la jóven, habia escuchado de sus labios frases de esas que penetran directamente en el corazon, y sabia que en el de D.^a Isabel existia la gratitud al menos.

Ella tan noble, tan bella, tan halagada por todos los goces que pueden proporcionar la hermosura, la nobleza y las riquezas habia descendido hasta visitarle á él, pobre plebeyo para darle una satisfaccion por la inconveniente conducta de su tia.

Martin no pudo en todo el dia borrar de su pensamiento á la jóven.

Calahorra le contemplaba dolorosamente porque veía que el amor había penetrado en su pecho y presentía que había de causarle muchos dolores.

Así pasaron algunos días.

El frenero no podía vivir sin ver á la jóven.

A su anterior placer sucedió un dolor inmenso.

Un día fué á pasear por delante del palacio en que D.^a Isabel habitaba.

No pudo verla, mejor dicho no se fijó en que detrás de una celosía que cubría el hueco de una ventana se descubría una forma de mujer, y que esta era precisamente la que él deseaba ver.

Como no era prudente llamar la atención, el frenero regresó á su casa mas triste que antes de salir de ella.

Al día siguiente volvió á pasar. La forma blanca de Isabel distinguíase en el mismo sitio, pero tampoco la pudo ver Martín.

Desesperado penetró en su tienda.

Calahorra estaba también inmensamente disgustado porque veía el sufrimiento de su amigo y comprendía que para tales dolores no hay palabras que puedan calmarlos.

Dos días llevóse nuestro buen frenero sin salir á la calle.

Estaba enfermo. Su alma profundamente dolorida quitaba las fuerzas á su cuerpo, y no le fue posible abandonar la tienda.

Calahorra habíale visto en las primeras horas de la mañana, y esforzándose por prestarle fuerzas solo obtuvo de él esta contestación :

—Inútil es que te molestes amigo mío, la amo y la amaré mientras me quede un soplo de vida.

Aquel día, como si el cielo compadecido de la desventura del jóven quisiera proporcionarle algún consuelo, casi á la misma hora que la otra vez, detúvose una silla de manos á la puerta y D.^a Isabel descendió de ella.

Si en el rostro del jóven se veían las huellas del inmenso dolor que le consumía, en el de la dama también se podía distinguir las de su profundo pesar.

— ¡Señora! — exclamó Martín — Dios os bendiga por el bien que acabais de hacerme.

Y tal expresión dió á sus palabras, tan perceptible era la impresión que acababa de recibir, que D.^a Isabel no pudo menos de detenerse en medio de la tienda inclinando la vista ruborosa y palpitante.

Tal vez en aquel momento fue cuando comprendió la imprudencia que acababa de cometer.

Si Martín amaba con cariño ilimitado, grande é impetuoso, la jóven del mismo modo enamorada por la primera vez, amaba con toda la fuerza y todo el vigor del primer amor.

En sus sueños de niña habíase forjado un ser ideal al cual amaba como se adoran en esa edad todos los seres que los ensueños forman.

Educada entre otras personas que si bien nobles no participaban de la exageración de ideas que D.^a Inés y su esposo, otras eran también sus ideas, y consideró como una

PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un exámen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevacion á la Sede romana y á la invasion de la capital de la cristiandad. — Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas. — Espléndida edicion ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj, representando los asuntos tratados en la obra.

La obra que ofrecemos al ilustrado público español no es solo la historia de un hombre, ni la de un reino; la vida de Pio IX abarca uno de los periodos mas fecundos que relatan los anales del género humano. Agitada su cuna por el oleaje de la revolucion francesa, que imprimió sello y carácter á las revoluciones sucesivas, el nacimiento de nuestro gran Pontífice coincidió con la eflorescencia de una multitud de hombres que debian alcanzar celebridad deplorable unos, otros honrosísima; las vicisitudes que la Iglesia sufrió á consecuencia de la radical conmocion que á últimos del siglo sintieron los pueblos, ya en orden á las doctrinas, ya en orden á la política, dió naturalmente extraordinaria importancia á defensores y adversarios de la causa católica, en las escuelas y en los gabinetes. Las notabilidades suscitadas por la restauracion religiosa se enlazan con la primera juventud de nuestro Pontífice, como se relacionan con su nacimiento y niñez los colosos engendrados por la revolucion enciclopédica.

Elevado, en edad relativamente juvenil, á la mas alta dignidad de la tierra, Pio IX, clave sagrada del magnifico edificio de la civilizacion cristiana, ha tenido á su sombra las eminencias sociales, y la acertada manera como ha aplicado las altísimas máximas de la moral católica á la marcha de la sociedad fiel le constituye lumbrera siempre fulgurante de los inteligentes dóciles á la palabra de Dios.

Regulador de las soberanias, protector de los pueblos, fomentador del progreso verdad, Pio IX está intimamente relacionado con todos los grandes sucesos y con todos los eminentes personajes religiosos y políticos de nuestra época.

Escribir la historia de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su pontificado es escribir las evoluciones sociales acontecidas desde el destronamiento de Luis XVI hasta las tremendas catástrofes de que es el mundo funesto teatro.

Esto es lo que se han propuesto hacer los autores de esta obra, cuyo primer tomo ha merecido la mejor acogida por todas las personas amantes de la historia y de la bella literatura. Esperamos que el segundo y último, que ha de abrazar los principales hechos del gran pontífice Pio IX, y los importantes acontecimientos políticos y religiosos de estos últimos tiempos, no desmerecerá en nada del anterior.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra sale por entregas de 16 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y esmerada impresion; adornada con láminas sueltas, al precio de

UN REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA.

Atendido á que ha terminado la publicacion del tomo primero y han visto la luz algunas entregas del segundo, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial.

Puntos de suscripcion.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscriptores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo*, *Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.